

Como ocurre con frecuencia con los libros de Ortega, lo mejor es su seminario periférico de ideas, las consideraciones marginales de toda índole —estudia la etimología de veintisiete palabras, el origen neurótico del estado (el imperator surge de un estado de trance), etcétera...

En el mismo año, en 1948, Ernst Robert Curtius, escribe sobre Toynbee y su estudio de la historia (V. "Ensayos críticos acerca de la literatura europea". Tomo II. Barcelona, 1959). Se trata de una tarea artísticamente expositiva, hecha *sine ira et studio*, que obliga a establecer un paralelismo con la labor orteguiana de este curso, a favor de Curtius, desde luego, porque la tarea primordial en toda faena intelectual es, según el prudente Spinoza, entender, "sed intelligere".

JOSE LUIS LOPEZ CABANELA

LEON POLIAKOV y JOSEF WULF:
El Tercer Reich y los judíos. Barcelona, 1960.

Este libro es casi un expediente administrativo, porque en él se recopilan una cantidad de documentos burocráticos sobre el problema judío en el Tercer Reich. Ha sido construido para provocar una unilateral y catártica reacción en el lector: el terror por el reciente exterminio de seis millones de humanos. Pero a pesar de esta saludable reacción, surge en seguida otra de perplejidad intelectual. El problema fundamental no es el de la matanza a escala masiva, ni el de la matanza en sí. Como dice Ortega, todos los estados han empleado como última solución de sus problemas la violencia, y el caso nazi es un ejemplo más de esta realidad, pues la liquidación, el progrom gigantesco, es posterior al fracaso del plan pacífico de desaparición de los judíos de la geografía teutónica (del llamado "plan Madagascar"). El problema está en explicarse las causas del odio a los judíos, más todavía, en his-

torificarlas, ya que el atavismo no explica sin más la continuidad del odio. Hay que preguntarse si se repele al judío por las mismas razones en la edad media que en nuestros días. en Alemania o en España (donde todavía se vende—en Burgos—el símbolo de la estafa de un héroe español a los judíos, me refiero al cofre del Cid). Y si se encontrase una uniformidad de motivos, indagar si con conscientes o inconscientes, y aun en este caso sería luminoso conocer las causas de la transposición del odio al inconsciente. Es un deber de los judíos, sobre todo de sus intelectuales, explicarse y explicarnos por qué se les odia, y no relatarlos los frutos históricos de este extrañamiento "jus persequendi" que se han irrogado todos los pueblos europeos. La literatura de victimario opera de revulsivo, pero es insuficiente. Poliakov y Wulf explican superficialmente la etiología de esta matanza apocalíptica: se la atribuyen a las concepciones biológicas y pseudocientíficas del profesor Günther y a una ideología místico-religiosa, neomaniquea, en la que el principio maligno está encarnado principalmente por los judíos.

En el plano psicológico se descubre que la llamada "solución final" de los judíos se hizo a costa de un increíble esfuerzo moral, naturalmente, de moral claramente nietzscheana, en tres aspectos:

a) los dirigentes nazis y el personal planificador de los exterminios tenían perfecta conciencia de que estaban obrando en contra de la moral tradicional, realizando prácticamente un cambio axiológico de valores. Lo prueban varias frases de Eichmann e Himmler, y el slogan propagandístico de la Gestapo, consistente en la máxima de Nietzsche: "lo que no te aniquila te hace más fuerte".

b) la conciencia de estar obrando bajo los principios de una moral nueva es correlativa de la conciencia de que la mayor parte del pueblo alemán no está preparado para asimilarlos. De ahí

—aparte de otros importantes motivos estratégicos—que se haya desarrollado una campaña publicitaria, cada vez más feroz, contra los judíos—pero que se hayan ocultado las liquidaciones en masa.

c) en contradicción con estas ideas, se da la de un residuo de la moral tradicional, en lo que tiene de humanitario mezclado con el principio científico de la estupidez de un dolor innecesario. Así puede explicarse el engaño que se realizaba en los campos de concentración, equivocando a los judíos sobre su futuro destino. En el I de Auschwitz, podía leerse en su portada "Arbeit macht frei", el trabajo libera. Y Schwart-Bart, en su obra "El último Justo" se nos describe magníficamente el recibimiento a gran orquesta, a las entradas de las cámaras de gas, de un tren de "morituri".

Las formas de la actividad antijudía hitleriana tienen escasa originalidad, salvo en lo que se refiere a los procedimientos mortíferos del gas—donde se puede ver el último efecto de los "gases asfixiantes" de la primera guerra europea—. Los procedimientos son marcadamente medievales: al principio se comenzó por expulsarlos de algunos mercados de ganado, se les impuso multas por tener servidores arios, o se retira la estatua del judío Heine, por considerarla una ofensa a la mirada. Esta faceta inquisitorial se extendía a todos los artistas de origen hebraico, incluidos Beethoven y Mozart. Más tarde, el medievalismo es feroz: ghettos, estrella de David, impuestos per capita, etcétera...

Los que pretendan encontrar un estudio claro sobre Eichmann, quedarán defraudados. Su caso, biografía y funciones no están comprobadas. Se le atribuye la responsabilidad por la muerte de dos millones de judíos, pero el propio Himmler no se fiaba de las cifras de Eichmann, porque alguna vez le envió un estadístico para que las comprobara. Unas veces se da como responsable directo de las ejecuciones,

y otras, como un agente ciego de Heydrich.

Las fotografías que ilustran los textos no pueden ser menos escalofriantes. Para mí la más impresionante es la incluida entre las páginas 80 y 81, sobre un depósito de prótesis y otro de gafas. A su vista cabe preguntarse: ¿Eran los judíos exterminados por los alemanes, una raza ortopédica?

JOSE LUIS LOPEZ CABANELA

GYORGY LUKACS: *La distruzione della Ragione*, traducción de Eraldo Arnaud. Einaudi Editore, 1959. Páginas 874.

Suelen entender los dogmáticos del marxismo como único contraste en la historia de la filosofía el que hace referencia al binomio materialismo-idealismo. Desde esta perspectiva no es extraño que Znadov, por ejemplo, hable de una filosofía marxista (materialista) y de una filosofía antimarxista (idealista).

Ahora bien, en la "Destrucción de la razón" Lukács, que comienza declarándose marxista ortodoxo—"la oposición de las diversas ideologías burguesas a los resultados del materialismo dialéctico e histórico es el natural fundamento de nuestra exposición y nuestra crítica", dice en la página 6—, plantea la historia de la filosofía del siglo XIX y en buena medida del actual no ya bajo el contraste materialismo-idealismo, sino en términos de racionalismo e irracionalismo. He aquí por consecuencia la primera pregunta que surge ante la obra: ¿Qué es lo que intenta hacer Lukács? ¿Se trata de un libro realmente ortodoxo—según los marxistas— o un libro de tipo revisionista? Después de su aparición la crítica marxista y no marxista ha girado en torno a estas interrogantes intentando aclarar los verdaderos propósitos del filósofo de Budapest. No es extraño que para muchos marxistas haya resultado la "Destrucción de la ra-